
**CONOCER PARA MEJORAR.
LA INVESTIGACIÓN COMO FUNDAMENTO DE LA EXTENSIÓN RURAL EN EL
PROGRAMA HOGAR RURAL DEL INTA (1958-1974)**

**Investigating to improve. Research as the basis of rural extension
in INTA's Programa Hogar Rural (1958-1974)**

JOAN GABRIEL MECOZZI

Centro de Estudios de la Argentina Rural (CEAR)
Universidad Nacional de Quilmes (UNQ)
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

Resumen

La creación del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) en 1956 tiene un objetivo claro con respecto a la extensión rural (entendida como el fomento de la agricultura por medio de procesos de educación no formal): generar una conexión más cercana entre extensión e investigación rural. La pretendida integración de estas tareas busca facilitar el proceso de generación y aplicación de tecnología, indispensable para cumplir el objetivo de aportar al desarrollo del agro argentino. Sin embargo, la investigación en el INTA no se limita al desarrollo de nuevas tecnologías, sino que también se realizan estudios socio-económicos. En este trabajo indagamos sobre la relación entre investigación y extensión, poniendo el foco en una serie de estudios realizados en distintos puntos del país en el marco del Programa Hogar Rural, la iniciativa de extensión del INTA orientada hacia las mujeres rurales. El análisis de estos estudios, pensados como insumos para mejorar la práctica de extensión, nos permite conocer aspectos importantes del planeamiento de esta política.

Palabras clave: investigación; extensión; campo; mujeres rurales

Abstract

The creation of the National Institute of Agricultural Technology (INTA) in 1956 has a clear objective with regards to rural extension (i.e. the promotion of agriculture via non formal education): to generate a link between rural extension and research. The expected integration of these activities seeks to ease the process of generation and application of technology, essential to fulfilling the goal of developing the Argentine rural sector. That said, research in INTA is not limited to the development of new technologies; there are also socioeconomic studies taking place. In this article we inquire into the relationship between research and extension, focusing on a series of studies conducted in different parts of the country in the context of the "Hogar Rural" program, INTA's extension initiative aimed at rural women. Through the analysis of these studies, meant to improve the practice of extension, we can recognize important aspects of this policy's planning process.

Keywords: research; extension; countryside; rural women.

Cita sugerida: Mecozzi, J. (2021). Conocer para mejorar. La investigación como fundamento de la extensión rural en el Programa Hogar Rural del INTA (1958-1974). *Coordenadas. Revista de Historia Local y Regional*, 8(2), pp. 59-81.

Recibido: 06/08/2020 - **Aceptado:** 10/04/2021

CONOCER PARA MEJORAR. LA INVESTIGACIÓN COMO FUNDAMENTO DE LA EXTENSIÓN RURAL EN EL PROGRAMA HOGAR RURAL DEL INTA (1958-1974)¹

JOAN GABRIEL MECOZZI

Centro de Estudios de la Argentina Rural (CEAR)
Universidad Nacional de Quilmes (UNQ)

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

Introducción

La participación de organismos estatales en la investigación y la extensión agrícolas puede rastrearse hasta las últimas décadas del siglo XIX. La creación del Departamento Nacional de Agricultura en 1871, su transformación en Ministerio en 1898 y la instalación de granjas experimentales, estaciones agronómicas y escuelas de agricultura en la primera década del siglo XX (Barrientos, 2008; Moyano, Rodríguez Vázquez y Djenderedjian, 2013; Djenderedjian, 2014) jalonan este camino. En los últimos años distintas investigaciones destacan la importancia de estas iniciativas, llevadas adelante no sólo por el gobierno nacional sino también por dependencias provinciales, en espacios diversos como las provincias de Tucumán (Moyano, Campi y Lenis, 2011; Moyano, 2014), Mendoza (Rodríguez Vázquez, 2007, 2014) y el por entonces Territorio Nacional de la Pampa (Martocci, 2013), entre otros. Estos trabajos discuten la supuesta “ausencia” del Estado en la consolidación del capitalismo agrario, sostenida en trabajos clásicos del siglo pasado, y demuestran la importancia y la multiplicidad de estas iniciativas.

Sin embargo, un obstáculo común a los distintos proyectos, al menos en sus inicios, es la dificultad para difundir los resultados de las investigaciones llevadas a cabo. En el caso de Tucumán, por ejemplo, la Estación Experimental Agrícola inaugurada en 1909 no cuenta con un departamento de extensión hasta mediados de la década del '30, cuando una intervención federal le encomienda la promoción agrícola (Moyano, Campi y Lenis, 2011). En Mendoza, por su parte, la Escuela Nacional de Vitivinicultura fundada en 1896 es criticada inicialmente por la prensa local debido a la falta de actividades de difusión, aunque en los años siguientes los técnicos egresados de esta institución comienzan a desempeñarse como directores técnicos de bodegas y se incorporan a la administración pública provincial y, en menor medida, nacional (Rodríguez Vázquez, 2014).

La integración efectiva y eficiente de los equipos técnicos encargados de las tareas de investigación y extensión agrícola aparece como una de las preocupaciones principales detrás de los esfuerzos que derivan en la creación del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) en 1956. Para alcanzar este objetivo, se establece bajo la órbita del Instituto el Servicio Nacional de Extensión Agropecuaria (SNEA) (Losada, 2003). A diferencia de lo sucedido en otros países latinoamericanos que también organizan sus servicios de extensión en las décadas del '40 y el '50 (Otero y Selis, 2016), en Argentina esta práctica se empieza a desarrollar en un organismo que también tiene a su cargo la investigación agropecuaria. La pretendida integración de estas tareas busca facilitar el proceso de generación y aplicación de tecnología, indispensable para cumplir el objetivo de aportar al desarrollo del agro argentino.

Sin embargo, la extensión rural no es entendida por el INTA meramente como la difusión de nuevas técnicas agrícolas. Como sostiene Gustavo Cosse (1991):

¹ Una versión previa de este artículo forma parte de mi tesina de la Licenciatura en Historia de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), titulada “La extensión rural orientada hacia las mujeres. El Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria y los Clubes del Hogar Rural, 1958-1974” y defendida de manera virtual el 23 de septiembre de 2020.

La concepción originaria de la extensión agraria visualizaba al técnico en una relación personalizada con el productor en el marco de una visión integradora del desarrollo agrario, en el cual el apoyo a la familia rural en aspectos sociales y la promoción del propio productor en aspectos organizativos-corporativos y de vinculación e información a los mecanismos de comercialización y financieros eran tan importantes como la transferencia de conocimientos tecnológicos. (p. 727)

En este sentido, la investigación en el INTA no se limita al desarrollo de nuevas tecnologías sino que también se realizan estudios socio-económicos influenciados por las corrientes de la modernización y la sociología rural estadounidense que caracterizan a la institución desde su nacimiento. Si bien el peso de los estudios sociales es menor al de los económicos en la agenda del INTA (Cascardo y Pizarro, 2002. Citado por Gárgano, 2017, p. 216), desde un inicio la información relevada sobre los grupos sociales rurales es suministrada al servicio de extensión para mejorar sus estrategias. Además, desde el propio SNEA se realizan investigaciones con este mismo propósito.

El objetivo de este artículo es indagar acerca de la relación entre estas investigaciones socioeconómicas y las actividades de extensión del INTA. El foco está puesto en una serie de estudios realizados en distintos puntos del país en el marco del Programa Hogar Rural, la iniciativa de extensión orientada hacia las mujeres rurales del INTA, durante su primera década y media de existencia (1958-1974). Consideramos que el análisis de estos estudios nos permite conocer aspectos importantes del planeamiento y el desarrollo de esta política, tales como sus objetivos, su disposición de recursos humanos y presupuesto, y su desigual alcance a las distintas regiones de nuestro país.

Para alcanzar este objetivo trabajamos con fuentes escritas producidas y publicadas por el propio INTA. Las fuentes principales son los informes de investigaciones socioeconómicas realizadas en distintas áreas del país (aunque predomina la región pampeana) en el período de estudio. Estas investigaciones tienen características sumamente diversas y difieren entre sí en más de un aspecto, desde el espacio geográfico que abarcan y el tema de interés, hasta los recursos (humanos y económicos) de los que disponen para ser llevadas a cabo. Sin embargo, todas ellas comparten el propósito de proveer información confiable y actualizada al Servicio de Extensión para contribuir al planeamiento de actividades del Programa Hogar Rural. Otras fuentes analizadas son los informes de seminarios de investigación y extensión, y otras reuniones organizadas por el INTA para discutir acerca de estas actividades, como las Convenciones Nacionales de Clubes Hogar Rural.

El artículo está organizado en cuatro partes. En la primera parte se hace un repaso por la creación del INTA y su servicio de extensión (el SNEA), destacando la importancia de su aparición para este tipo de actividad. En la segunda parte se aborda el proceso de planificación y las principales motivaciones detrás del Programa Hogar Rural. En la tercera parte se presenta el análisis de las investigaciones llevadas a cabo en el marco de este programa entre 1958 y 1974. Por último, se presentan las reflexiones finales tras el análisis realizado.

La creación del INTA y la institucionalización de la extensión rural

El Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) es creado el 4 de diciembre de 1956 por el gobierno de facto de Pedro Eugenio Aramburu, poco más de un año después del derrocamiento de Juan Domingo Perón. La nueva institución es considerada un órgano autárquico del Estado, cuyos objetivos principales consisten en “impulsar, vigorizar y coordinar el desarrollo de la investigación y extensión agropecuaria y acelerar con el beneficio de estas funciones fundamentales la

tecnificación y el mejoramiento de la empresa agraria y de la vida rural” (Decreto-Ley 21.680, 1956, art. 1).

Sus motivaciones están en consonancia con las ideas de tecnificación, mecanización y aumento de la productividad en el agro promovidas desde la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA), organismos que desempeñan un papel central en el impulso a la institucionalización de los Servicios de Extensión Agropecuaria en toda América Latina en las décadas del '40 y el '50 (Barrientos, 2008; Losada, 2003; Otero y Selis, 2016). Además, la creación del INTA se inscribe en un marco de crecimiento de la investigación científica impulsada desde los Estados en América Latina (Vessuri, 1994), de la mano de un proceso desarrollista que en el caso de Argentina promueve el surgimiento y la consolidación de otras instituciones, como el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y el Consejo Nacional para el Desarrollo (CONADE) (Ivickas Magallán, 2017).

Más allá de su novedad en términos institucionales, el INTA no carece de antecedentes ni consiste en la primera intervención pública en temas agropecuarios. Desde comienzos del siglo XX se crean instituciones dedicadas a la investigación agropecuaria, no sólo en el ámbito del Ministerio de Agricultura de la Nación (MAN), sino también de algunos gobiernos provinciales (Albornoz, 2015; Moyano, Rodríguez Vázquez y Djenderedjian, 2013; Djenderedjian, 2014). También existen antecedentes de enseñanza extensiva que intentan alcanzar a todas aquellas personas que no pueden acceder a cursos regulares de agricultura. Sin embargo, a partir de mediados de siglo el extensionismo cobra una mayor relevancia, en sintonía con las líneas de pensamiento de la sociología rural norteamericana, el Servicio de Extensión del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos y el IICA.

Este último organismo es creado por la Unión Panamericana (antecedente de la Organización de los Estados Americanos, OEA) en 1942 con el objetivo de organizar la producción agrícola en el continente americano. A través de nuevas instituciones como el IICA y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), los sucesivos gobiernos estadounidenses buscan impulsar en América Latina políticas agrarias de “desarrollo de la comunidad” en las que la extensión juega un papel crucial (Otero y Selis, 2016). Desde su concepción estos organismos se dedican a la promoción del concepto de “extensión agrícola” en todo el continente como una forma de acercarle al productor avances tecnológicos para incrementar su producción, y así poder transformar al sector agropecuario en un área más productiva y completamente incorporada al mercado.

Como resultado de una serie de investigaciones de sociología rural, dirigidas a propiciar la educación y a estimular el desarrollo socioeconómico de las comunidades, en el año 1950 el IICA aprueba el Proyecto 39 de “Enseñanza Técnica para el Mejoramiento de la Agricultura y de la Vida Rural”, en el marco del “Programa de Cooperación Técnica” de la OEA. El Proyecto 39 tiene como objetivo capacitar profesionales en especialidades que no hayan sido debidamente consideradas en los planes de estudios de las universidades latinoamericanas y que tengan una importancia fundamental en el desarrollo económico de esos países. Se pone énfasis en la extensión, por considerar que se trata al mismo tiempo del punto más débil de los programas de desarrollo de estos países, y de una herramienta esencial para llegar hasta el agricultor y enseñarle métodos más eficaces de cultivar la tierra. En el marco del proyecto se implementa una estrategia que consiste en brindar capacitaciones a técnicos, y en el año 1952 se lleva a cabo en Uruguay el Primer curso Internacional de Extensión Agrícola, auspiciado por el IICA, en el que participan extensionistas de toda la región que luego actuarán como multiplicadores de la propuesta en sus respectivos países (Otero y Selis, 2016). Al regresar al país, los agrónomos regionales argentinos

que participan de este curso desarrollan un ciclo de seminarios cortos para capacitar a otros técnicos.

Paralelamente, en esos años comienza a ganar terreno una nueva concepción de extensión rural que va desplazando a la idea tradicional y más estática de “fomento rural”, como mera difusión de tecnología (Barrientos, 2008; León y Losada, 2002). En este sentido, la extensión conlleva la idea de la participación de los productores, y es entendida no sólo como un vehículo para el aumento de la productividad, sino como una forma de elevar las condiciones de vida de la familia rural, aumentando su nivel de educación, su sanidad y su prosperidad. Si bien esta idea no es enteramente novedosa y presenta similitudes con los objetivos de la enseñanza extensiva de la primera mitad del siglo, recién a partir de este momento se sientan las bases para la formación de un servicio nacional de extensión integral y orgánico que pretende otorgar a las iniciativas una sistematicidad de la que antes no gozaban.

En 1954 se pone en marcha el Plan de Agronomías Regionales Piloto para el Desarrollo Rural, en el marco del cual se crean por primera vez en el país tres experiencias de extensión rural radicadas en Pergamino, Mendoza y Concepción del Uruguay. En sintonía con la renovada concepción de extensión rural, el objetivo de estas iniciativas es tender a mejorar la vida del productor y su familia. No se busca sólo mejorar económicamente la productividad y la rentabilidad, sino que se considera que ese es el camino para lograr el mejoramiento de la vida de la familia rural. En este sentido, se procura trabajar con todos los miembros de la familia y no solamente con los productores varones. Las Agronomías Regionales Piloto son dotadas de un equipo técnico integrado por Asesoras del Hogar Rural, Asesores de Clubes Juveniles 4-A, y agrónomos regionales, un sistema de trabajo que el INTA luego replica en sus Agencias de Extensión (Anuch, 1981).

A pesar de no contar con una política científico-tecnológica explícita para el sector, durante estos años se va delineando una estructura de investigación agropecuaria, que por primera vez introduce al menos algunos elementos de programación a nivel nacional, pone el acento en la descentralización de la generación de tecnología e introduce el embrión de la extensión rural, que se expresa de modo elocuente en las Agronomías Regionales Piloto. Todas estas acciones eventualmente servirían para preparar los fundamentos sobre los cuales se organizaría el SNEA, cuya fundación se concreta en 1956 con la creación del INTA. Las experiencias y enseñanzas adquiridas en aquellos años se reflejan en las bases y objetivos institucionales de la ley de creación de este instituto, con el que se intenta dotar a la investigación de una dinámica autónoma de las decisiones coyunturales de los ministerios de agricultura, superar la falta de coordinación entre los diferentes programas de investigación de las estaciones experimentales y el Centro Nacional de Investigaciones Agropecuarias ubicado en Castelar, y reducir la incertidumbre en torno al presupuesto de la estructura de investigación (León y Losada, 2002).

Un aspecto insoslayable del proceso que deriva en la creación del INTA es su vinculación con una serie de circunstancias políticas, sociales, económicas e ideológicas, que no sólo permiten su nacimiento, sino que también le imprimen una marca de origen determinante. El derrocamiento de Juan Domingo Perón en septiembre de 1955 (con el consecuente recambio de dirigencias y elencos técnicos), la agudización del éxodo rural y la crisis económica caracterizada por el estancamiento en los saldos exportables de los productos agropecuarios, configuran una situación en la que una política más favorable para el sector agropecuario que incluya la difusión de tecnología no sólo es posible sino también deseable (de Arce y Salomón, 2018). En

el plano ideológico, la orientación del INTA está influenciada por el pensamiento desarrollista al que suscribe el economista argentino Raúl Prebisch.²

Esta corriente de pensamiento concentra su análisis en la desigualdad de los términos del intercambio entre los países del centro y la periferia de acuerdo con la división internacional del trabajo, poniendo especial atención en los obstáculos estructurales para el desarrollo de los países periféricos. De acuerdo con la CEPAL, ante el alto grado de vulnerabilidad externa, los grandes desequilibrios en el ritmo de funcionamiento de la economía y las severas restricciones estructurales en la transferencia del progreso técnico de los países centrales a los periféricos, es necesario encarar un conjunto de reformas estructurales entre las cuales se destaca la industrialización como la más importante (Lázzaro, 2012). El papel reservado al sector agropecuario es el de convertirse en el generador de recursos externos para que el sector industrial pueda madurar y adquirir competitividad internacional, para lo cual es imprescindible incrementar la productividad del sector agropecuario (Alemany, 2003). Debido a la importancia de la generación y transferencia de tecnología para desarrollar estos procesos, la organización de la investigación y la extensión rural adquiere un espacio privilegiado en esta etapa: de ahí la importancia de la creación del INTA.

De acuerdo con los artículos 4°, 5° y 6° del Decreto-Ley 21.680/56, la estructura orgánica del Instituto consiste en: una Comisión Asesora Nacional, un Consejo Directivo (ambos conformados por representantes de las provincias, las asociaciones de productores y las Facultades de Agronomía y Veterinaria de las universidades nacionales) y una Dirección General compuesta por un Director, un Subdirector y Directores Asistentes, todos designados por el Consejo Directivo. A pesar de tratarse de una estructura directiva centralizada, para la ejecución de las políticas formuladas rige un criterio de descentralización que se expresa en los siete Centros Regionales en los que se divide el territorio nacional (Chaqueño, Noroeste, Mesopotámico, Pampeano, Andino, Rionegrense y Patagónico) y en las Estaciones Experimentales Agropecuarias (EEA) que de ellos dependen.

Para el INTA, estas EEA que se encuentran diseminadas por todo el país “constituyen las reales unidades de trabajo, integradas con sus servicios de investigación y de extensión” (INTA, 1960, p. 86), y cada una de ellas tiene como parte integrante un número de Agencias de Extensión Agropecuaria (AEA) que se encargan de desarrollar los programas de extensión en el terreno. Al momento de su creación el INTA recibe las 28 EEA que ya estaban en funcionamiento bajo la órbita del MAN, por lo que resulta lógica la decisión de tomarlas como las unidades básicas de trabajo. Además, el nuevo organismo también hereda un cuerpo de funcionarios con años de experiencia en las direcciones de investigaciones y un amplio conocimiento acerca de la problemática agropecuaria y la manera de afrontarla.

En cuanto a la extensión agropecuaria, como hemos mencionado anteriormente la creación del INTA trae aparejada la organización de un servicio de extensión de alcance nacional, el SNEA. Desde este servicio se coordinan las actividades de extensión de los siete centros regionales y sus respectivas AEA (INTA, 1960, p. 86). En cada una de estas agencias debería desempeñar su trabajo al menos un técnico de cada una de las tres ramas de la extensión del INTA: un asesor técnico para los aspectos vinculados a la producción, una asesora de Hogar Rural para las cuestiones de economía doméstica, y un asesor de juventud rural para las labores de los clubes juveniles. Sin embargo, la escasez de personal dificulta el cumplimiento de este objetivo.

² Para un análisis de la relación entre Prebisch y desarrollo, la llegada de las teorías desarrollistas al país y su aplicación práctica durante la presidencia de Arturo Frondizi, véase Altamirano, 1998.

El incremento de la productividad agropecuaria no es el único objetivo del nuevo organismo, sino que al mismo tiempo se persigue un aumento en el bienestar de las familias rurales y sus comunidades. El desarrollo no es pensado únicamente desde una perspectiva económica-tecnológica, sino que se considera también su impacto social. En este sentido, no alcanza con propiciar mejoras técnicas en las labores y una mayor eficiencia en la comercialización para lograr una mejor calidad de vida, sino que es necesario que la comunidad rural sea el centro de acción. Es por eso que el SNEA es organizado en el seno del INTA, para combinar la investigación y la extensión agropecuarias bajo una misma dirección, y así perseguir los objetivos principales del Instituto.

De acuerdo con los argumentos a favor de esta combinación de tareas, la extensión se vería claramente beneficiada. En un informe inédito de 1956 el ingeniero agrónomo Walter Kugler –director del Centro Regional Pampeano de Investigaciones Agrícolas del MAN, que luego pasa a manos del INTA– sostiene que las relaciones entre investigación y extensión se nutren mutuamente, necesitan una fuerte interacción, y “más que una coordinación, debería llegarse a una verdadera integración entre ambas” (León y Losada, 2002, p. 79) para fortalecer el impacto de la transferencia de innovaciones tecnológicas a los productores agropecuarios. Kugler sostiene que la falta de resultados por parte de los técnicos de las Agronomías Regionales y Locales del MAN se debe a que apenas pueden dedicar un 10% de su tiempo a tareas de educación de los productores. En cambio, destaca lo realizado en las experiencias de las Agronomías Regionales Piloto inauguradas en 1954, donde se logra desarrollar verdaderos programas de extensión que involucran la educación de los agricultores, sus esposas y sus hijos en técnicas de producción más eficientes y mejores condiciones de vida.

En la misma dirección que Kugler se expresa uno de los propulsores de la nueva concepción de la extensión rural: el ingeniero agrónomo Norberto Reichart, Director General de Agricultura del Ministerio. Su trayectoria laboral y de vida ejemplifica, por un lado, las continuidades en la extensión antes y después de la creación del INTA; y por otro lado, la influencia de los organismos internacionales y las ideas de la sociología rural norteamericana con respecto al agro. Además del cargo que ostenta en el MAN, entre 1943 y 1953 Reichart se desempeña como representante de Argentina ante la FAO, al mismo tiempo que mantiene estrechos contactos con los servicios de extensión agrícola de los Estados Unidos y con las experiencias y resultados obtenidos en aquel país, difundidos en el continente a través del IICA. Tras participar activamente de la creación del INTA en 1956, es elegido como el primer Director Nacional Asistente de Extensión y Fomento Agropecuario del Instituto (INTA, 1960).

Desde ese puesto, Reichart establece los lineamientos de lo que debe ser el trabajo de extensión del INTA. El principal objetivo es el mejoramiento de la comunidad rural, desde las bases de la doctrina del desarrollo de la comunidad y la búsqueda del bienestar rural como correlato necesario del desarrollo económico, impulsado éste por una progresiva y constante tecnificación de los medios de producción. Al mismo tiempo es necesario llevar adelante un proceso educacional que permita a los agricultores determinar sus propios problemas y que los ayude a adquirir conocimientos e inspirarlos a tomar acción como el resultado de sus propios esfuerzos, capacidad y convicciones. En sintonía con la definición de la FAO desde mediados de los '50, el bienestar rural incluye tanto elementos materiales (salud, nutrición, educación, vivienda, etc.) como intangibles (códigos morales, creencias religiosas, reglas de conducta) y es pensado principalmente en términos subjetivos (FAO, 1954. Citado por de Arce y Salomón, 2018, p. 185).

¿Qué entiende el INTA por “comunidad”? No se trata de un distrito o un municipio, sino de “un grupo, grande o pequeño, de personas unidas por acuerdo,

respecto de las cosas que aman” cuya cualidad dinámica reside en los intereses, deseos y propósitos de las personas que la forman. “Para tener o formar una comunidad es necesario que las personas trabajen juntas; para tener una mejor comunidad ellas deben tener principios comunes”, afirma Reichart (1962).

En cuanto al concepto de “desarrollo de la comunidad”, según una definición de la ONU, designa aquellos procesos en los cuales “los esfuerzos de una población se suman a los de su gobierno para mejorar las condiciones económicas, sociales y culturales de las comunidades, integrar a éstas en la vida del país y permitirles contribuir plenamente al progreso nacional” (Reichart, 1962). Dos elementos son esenciales en estos procesos: la participación de la población misma en los esfuerzos para mejorar su nivel de vida –en lo posible a partir de su propia iniciativa– y el suministro de servicios técnicos en formas que estimulen el esfuerzo propio y la ayuda mutua. La importancia del primero de estos elementos es insoslayable para Reichart. Las utilidades abundantes no son garantía por sí mismas de un mejor vivir, no basta con tener los medios para lograr una agricultura eficiente y una buena vida si el productor no tiene la capacidad para aprovechar esos medios. Además, las novedades tecnológicas no son aceptadas si no se puede captar su significado en términos de bienestar propio; para que un programa de gobierno sea eficaz, sus destinatarios deben comprenderlo e identificarse con él.

La tarea fundamental de difundir entre los productores los resultados de la investigación y experimentación que resultasen ventajosos para la producción recae en los y las extensionistas, quienes se ocupan de divulgar conocimientos desde las Agencias de Extensión ubicadas a lo largo y a lo ancho de todo el país. Sin embargo, la asistencia ofrecida no se limita a la aplicación de la técnica en el aprovechamiento de las parcelas, sino que cada agencia complementa el asesoramiento técnico con la asistencia cultural y social de las mujeres y los jóvenes rurales, como se había empezado a hacer en las Agronomías Regionales Piloto del MAN. En este sentido, el desempeño de los extensionistas está vinculado a la familia rural entendida como una célula social agraria (Losada, 2003, p. 32) que debe funcionar correctamente, para que así lo haga el conjunto de la comunidad. Los problemas en diferentes planos de la vida cotidiana rural que conciernen a todos los integrantes de la familia (la vivienda, el trabajo, la producción, la comunicación, la salud) inciden, en mayor o menor medida, en la existencia y calidad de vida. Cualquier inconveniente en estos niveles “altera el equilibrio de la familia rural y pone serias restricciones, en última instancia, a la función productiva”, y es por eso que la extensión rural debe buscar soluciones a aquellos problemas que comprendan a toda la familia rural (Anuch, 1981, p. 4).

En la visión de Reichart (1971) las familias rurales no sólo necesitan demostraciones de métodos mejorados de producción, sino también de mejores formas de vida. Para que el hogar cumpla su función como factor contribuyente a la unidad familiar y al mejoramiento de la vida, cada uno de sus miembros debe encontrar en él las satisfacciones materiales y espirituales propias del cumplimiento de sus respectivos deberes. Es por eso que “la educación y preparación de la mujer resulta factor básico y esencial” (Reichart, 1962). Debido a las grandes responsabilidades que se asigna a las mujeres rurales desde esta perspectiva, su preparación constante se transforma en un requisito para que las familias gocen de todas las ventajas de la vida social moderna. Desde la Dirección de Extensión del INTA, esta preparación es encarada a través de la planificación de un programa orientado hacia las mujeres que comprenda, entre otras cuestiones, las principales nociones de economía doméstica y manejo del hogar.

Planificación del Programa “Hogar Rural”

La capacitación de mujeres en cuestiones de granja y de cuidado del hogar no es una completa novedad a fines de los años cincuenta. Desde principios del siglo XX se impulsa desde el MAN la enseñanza extensiva del “hogar agrícola”, que incluye la capacitación técnica en áreas como la horticultura, la lechería, la avicultura y la zootecnia, y nociones de economía doméstica (Gutiérrez, 2007b). Por otra parte, en la década del '40 surgen iniciativas de gestión privada que tienen objetivos similares, como la Asociación Femenina de Acción Rural (Gutiérrez, 2007a) y cursos dictados por la Federación Agraria Argentina (de Arce y Poggi, 2016; INTA, 1960, pp. 125-127), entre otras. La idea de formar “clubes” de encuentro entre mujeres rurales aparece por primera vez en la década del '40. En 1948 se crea el Instituto de Formación de Profesoras del “Hogar Agrícola”, ubicado en la ciudad de Bolívar, con el objetivo de especializar a las maestras rurales en este tipo de enseñanza y capacitarlas para dictar cursos (Gutiérrez, 2014). Estos antecedentes constituyen la base sobre la cual el INTA planifica su programa de extensión orientado hacia las mujeres.

Por otra parte, la influencia de organismos internacionales como IICA, FAO y el Servicio de Extensión Cooperativo de Estados Unidos es insoslayable. Esta influencia queda de manifiesto en la similitud que adquieren las estructuras de los servicios de extensión de los distintos países latinoamericanos, creados en las décadas del '40 y '50,³ entre sí y respecto al organismo estadounidense. En este marco, las acciones de extensión se destinan al conjunto de las familias rurales y en casi todos los servicios instalados en ese período se dividen en tres componentes principales: asistencia técnica en producción agropecuaria (orientada a los varones adultos), programas para el mejoramiento del hogar rural (orientados a las mujeres) y clubes juveniles. En este sentido, en otros países latinoamericanos surgen iniciativas análogas al Programa Hogar Rural desarrollado por el INTA: el programa “Mujer Campesina”, en Ecuador; la sección de “Demostración en el Hogar”, en Honduras; los servicios de “Mejoramiento del Hogar”, en Nicaragua, entre otros (Otero y Selis, 2016, p. 53).

Según se afirma en sus objetivos, el Programa “Hogar Rural” busca capacitar a las mujeres rurales y generar un espacio de encuentro entre ellas, con el propósito de contribuir al desarrollo económico, social y cultural del agro, elevando el nivel de vida de los grupos familiares y de las comunidades en las que se establecen (Piangiarelli de Vicién, 1972). Para ello se forman “clubes” integrados por mujeres mayores de 18 años que, sin necesidad de abonar cuota alguna, se reúnen una o dos veces por mes, por lo general en algún lugar prestado para tal fin. En estas reuniones son asistidas por las técnicas extensionistas del INTA –también llamadas “asesoras de Hogar Rural”–, quienes realizan demostraciones de diversas temáticas y las impulsan a realizar proyectos individuales o grupales. Como señala Talía Gutiérrez (2014), la tarea realizada por estas mujeres tiene muchas aristas docentes; la formación básica requerida es el magisterio, y en los primeros años la mayoría de las asesoras de los Clubes tienen el título de maestras normales.

En un primer momento los proyectos desarrollados en los clubes están circunscriptos a aquellas tareas consideradas como “femeninas” o tradicionalmente asignadas a las mujeres, como preparación y conservación de alimentos, corte y confección, horticultura y primeros auxilios. Sin embargo, con el paso del tiempo la escala se amplía y los proyectos se complejizan: desde los Clubes Hogar Rural las “socias” (es decir, las mujeres que conforman los Clubes) impulsan el saneamiento y la electrificación rural, llevan adelante campañas de vacunación, construyen refugios peatonales y arreglan caminos, asisten en barrios de emergencia y propician la construcción y el mejoramiento de viviendas, entre otras actividades.

³ Ver Cuadro 1 en Otero y Selis, 2016, p. 48.

Si bien las actividades del Programa Hogar Rural comienzan a desarrollarse en 1958 –poco tiempo después de la creación del INTA, aprovechando el trabajo realizado en años anteriores desde el MAN– la planificación del programa es simultánea a su funcionamiento. Las reflexiones acerca de cómo llevar adelante las tareas de extensión orientadas hacia las mujeres son constantes en los primeros años de la década del '60. Además de la utilización de bibliografía proveniente de otros países –principalmente de Estados Unidos–, se realizan seminarios en los que se discuten los propósitos de la extensión, la metodología más adecuada, el trabajo en conjunto con las otras ramas de extensión del INTA (asesoramiento técnico y clubes juveniles 4-A), y los obstáculos que se deben superar, entre otros temas.

En marzo de 1960, con el auspicio de FAO y la colaboración de la OEA, el INTA organiza el Seminario de Economía Doméstica en Extensión Agrícola, primer encuentro nacional de su tipo. Los objetivos propuestos incluyen estudiar diversos aspectos de la vida familiar rural en diferentes regiones del país para proporcionar una base sólida a los servicios de extensión, analizar el progreso conseguido por el Programa Hogar Rural en sus primeros dos años, determinar en qué medida esa política se basa en las necesidades de la familia rural, y establecer bases sólidas para la capacitación del personal de extensión, sobre todo en materia de economía doméstica. En un sentido más amplio, el seminario busca lograr “la coordinación y unión de esfuerzos de las personas e instituciones de todo el país, que sienten una preocupación y una responsabilidad común en el mejoramiento de las condiciones de vida del campo y de la comunidad rural en general”, en palabras del director de extensión del INTA, Norberto Reichart (INTA, 1960, p. 5). Por esta razón, además del personal del SNEA participan del seminario representantes de numerosas instituciones y organizaciones, estatales y privadas, vinculadas al mejoramiento de la vida rural, que incluyen a FAO, IICA, la Secretaría de Agricultura y Ganadería de la Nación, la Federación Agraria Argentina y el Movimiento Rural Femenino Acción Católica, entre otros.

De acuerdo con la modalidad elegida para el seminario, los representantes de las distintas instituciones invitadas realizan una serie de exposiciones sobre diversos temas que luego son discutidos por grupos de trabajo formados por todos los presentes. En una de esas exposiciones, Frances MacKinnon, Asesora Regional de Economía Doméstica para América Latina de la FAO, sostiene que no ha existido un interés de parte de las estaciones experimentales o las universidades latinoamericanas por la realización de estudios acerca del hogar y la familia campesina. En este sentido, se lamenta por los pocos datos de los que disponen las técnicas para fundamentar sus programas. El resultado es que, en los planes de estudio y entrenamiento en servicio para asesoras del hogar, casi todo el material es idéntico y no se tienen en cuenta las diferencias considerables entre los distintos países del continente. Sin embargo, MacKinnon nota una tendencia en algunos de los cursos ofrecidos por el IICA que puede ofrecer una solución: mientras trabajan en el terreno, algunas asesoras aprovechan para realizar pequeñas encuestas a las familias campesinas y discuten los resultados para alcanzar un mejor planeamiento de los programas de extensión. Estas encuestas sencillas pueden echar luz sobre lo que esperan las familias rurales de los servicios de extensión, y los datos y opiniones obtenidos pueden ser utilizados como una base para planear el futuro de los programas (INTA, 1960, p. 12). De esta manera, las extensionistas deben suplir por su propia cuenta los trabajos de investigación no contemplados por sus empleadores.

La ingeniera agrónoma María Enriqueta Piangiarelli de Vicién, quien dirige el Programa Hogar Rural entre 1958 y 1974 desde su cargo de Asesora Nacional (INTA, 1960, p. 16) describe a la familia como la “célula natural y primera de toda sociedad”, y afirma que debe ser el centro de todo programa de extensión agrícola y de mejoramiento del hogar. En este sentido, la “transformación total de la vida agrícola”

que busca el Programa sólo se puede lograr si primero se estudia a las familias rurales y se conocen sus necesidades y sus problemas. Por su parte, el ingeniero agrónomo Luis Castelli sostiene que los estudios realizados en materia técnica, social y cultural, deben tener un sentido eminentemente práctico y “conducir a la realización de programas de acción en los que coordinadamente se contemplen los distintos aspectos como integrantes de un todo” (INTA, 1960, p. 86). Para ello, la colaboración entre instituciones es primordial: los programas de extensión del INTA no pueden ser los únicos medios para mejorar la comunidad, sino que es necesario aprovechar la ayuda de las demás organizaciones que tienen con los mismos objetivos en mente.

De todas formas, para asegurar que el trabajo en pos del desarrollo de la comunidad sea efectivo lo más importante es tener un conocimiento previo de la situación de aquellas personas a las que apunta la política. Sin una investigación exhaustiva como base, la extensión no tiene una dirección clara, y puede redundar en esfuerzos innecesarios que no provean los resultados esperados. En este sentido, el Dr. Francisco Suárez de la Dirección de Sociología Rural de la Secretaría de Estado de Agricultura y Ganadería de la Nación sostiene que el estudio de las condiciones de vida rural no representa una inquietud de orden especulativo, sino que “supone una intervención posterior a la investigación con el objeto de elevar el nivel de vida” (INTA, 1960, p. 19).

Este tipo de estudios permiten cotejar los componentes del nivel de vida entre distintas zonas y hacia el interior de las mismas, dejando al descubierto los desniveles existentes a lo largo y ancho del país. A partir de estas comparaciones se puede establecer una política de prioridades en la intervención y se pueden modificar aspectos del trabajo de extensión de acuerdo con la comunidad con la que se interactúa. Con estos objetivos en mente, a lo largo de la década del '60 se llevan a cabo una serie de investigaciones para conocer la realidad de las condiciones de vida en diferentes espacios rurales. Estas pesquisas se desarrollan principalmente en la región pampeana, donde se concentran más Clubes y socias que en cualquier otra región del país durante nuestro período de estudio, como puede verse en el siguiente cuadro:

Cuadro 1. Cantidad de Clubes Hogar Rural y socias por Centro Regional en 1967

<u>Centro Regional</u>	<u>CHR</u>	<u>Socias</u>
Pampeano (Buenos Aires y La Pampa)	163	2.872
Cordobés-Puntano	84	1.550
Noroeste (Catamarca, Jujuy, La Rioja, Salta, Santiago del Estero y Tucumán)	41	905
Andino (Mendoza y San Juan)	35	700
Entrerriano	35	500
Mesopotámico (Corrientes y Misiones)	35	430
Santafesino	32	521
Chaqueño (Chaco y Formosa)	18	280
Rionegrense (Río Negro y Neuquén)	16	295
Patagónico (Chubut y Santa Cruz)	3	35

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de INTA, 1967, pp. 19–34.

Esta concentración resalta la importancia de esta zona agroexportadora en la matriz económica y productiva, así como los desequilibrios regionales en materia social. A partir de estas investigaciones, sus responsables buscan contribuir al planeamiento de actividades en el marco del Programa Hogar Rural.

La investigación como fundamento de la extensión en el Programa Hogar Rural

Los estudios que analizamos en este apartado no son la totalidad de las investigaciones realizadas por el SNEA durante el periodo del que se ocupa este trabajo (1958-1974), sino aquellos para los cuales contamos con fuentes impresas. Se trata de estudios heterogéneos; se diferencian entre sí en más de un aspecto. El área geográfica que buscan analizar puede abarcar una provincia entera o una pequeña localidad de apenas 750 habitantes. En algunos casos se cuenta para su desarrollo con la asistencia de asesoras del IICA, y en otros casos, por la falta de presupuesto las propias extensionistas tienen que realizar actividades que originalmente pensaban tercerizar. Los temas varían ampliamente: mientras que estudios más abarcativos se proponen conocer el “estado de las familias” o la “situación de los hogares rurales” (y cuentan, por lo tanto, con personal capacitado en diferentes áreas), otros se preocupan por cuestiones más puntuales, como el estado de nutrición o las condiciones de un ambiente específico (por ejemplo, la cocina). La población estudiada puede no tener relación alguna con el INTA, o puede tratarse exclusivamente de miembros de Clubes del Hogar Rural. Sin embargo, todas las investigaciones tienen el mismo propósito: proveer información confiable y actualizada al Servicio de Extensión para contribuir al planeamiento de actividades del Programa Hogar Rural.

Uno de los primeros trabajos de investigación se lleva a cabo en 1964 en la localidad de Ibarra, partido de Bolívar (Buenos Aires). Se trata de un estudio descriptivo de las características de la vivienda rural realizado con la orientación técnica de Virginia Lattes Deik, educadora del hogar del IICA, y la cooperación de una economista del hogar del IICA, una estadística-matemática de la EEA de Pergamino y el personal de la AEA de Bolívar. En el informe se sostiene que el interés por el estado de las viviendas rurales se debe a la falta de información confiable sobre las mismas, a diferencia de las viviendas urbanas, de las que se poseen datos (aunque insuficientes) que permiten realizar una estimación de las condiciones en las que se encuentran y planificar en consecuencia. La obligación de “conocer por investigaciones objetivas las condiciones y características” está relacionada con “la función social que deben cumplir” (Berry et al., 1964, p. 1). Este estudio, considerado el primero de una serie, se centra en las características físicas de la vivienda, sin descuidar cuestiones como la relación entre la vivienda y la satisfacción de las funciones familiares, las características del vecindario y las formas de interacción, y la consideración de los valores y las normas de las familias que hacen a la vivienda. El objetivo es que estos primeros datos permitan formular recomendaciones a ser consideradas por el equipo de extensión en sus planificaciones.

A pesar de que el Programa Hogar Rural se dirige a todas las mujeres del agro argentino sin distinción de etnia o de clase, la selección del área en la que se realiza este estudio puede darnos un indicio de la población con la que efectivamente se interactúa en la práctica. La zona de Ibarra es elegida porque, según el criterio del personal de la AEA de Bolívar, es el espacio más apto para realizar las mejoras que se consideran necesarias: existe una mayoría de productores de situación económica favorable, con una “composición étnica homogénea”, receptivos para el cambio, y que pueden tomar decisiones con respecto a su vivienda (Berry et al., 1964, p. 3). De todas formas, el estudio no abarca la localidad entera, sino que se limita al radio de acción del Club Hogar Rural “Siempre Unidas”, que funciona desde principios de 1963. Al no contar con datos sobre la población que permitieran la formación de estratos, se

decide efectuar un muestreo simple y al azar. Mientras que la información de las características demográficas y económicas, y de las aspiraciones de las familias con respecto a la vivienda es obtenida mediante el uso de un cuestionario (que incluye como ítems importantes el sistema de tenencia y la superficie del predio), los datos sobre el aspecto físico de la construcción se recogen mediante un registro de observación.

Además de contribuir a “fundamentar los futuros programas de economía del hogar que desarrollan las Agencias del INTA” (Berry et al., 1964, p. 2), el estudio busca adiestrar al personal del Programa Hogar Rural en técnicas de investigación en economía doméstica y probar un método de investigación para el estudio de la vivienda rural que pueda ser aplicado en otras áreas con características similares si resulta adecuado. En este sentido, en las conclusiones del informe se realizan recomendaciones para la implementación del Programa Hogar Rural por parte de la AEA de Bolívar y también para futuras investigaciones sobre vivienda rural en zonas de características similares a la de este estudio. En cuanto a las recomendaciones para extensión, se sostiene que es necesario “elevar las aspiraciones, en cuanto hace al mejoramiento de la vivienda y a las funciones que ésta debe cumplir”. Ante la manifestación del 57% de las familias encuestadas de querer introducir cambios en sus casas, las extensionistas podrían facilitar material informativo con ideas prácticas, orientando a las familias para un mejor empleo de sus recursos naturales y económicos en la construcción de sus viviendas, indicándoles buenas técnicas y el uso de materiales de construcción adecuados (Berry et al., 1964).

Una investigación realizada dos años más tarde en el área de Pergamino, cuyo énfasis no está puesto en la vivienda, comparte el propósito general y los objetivos más específicos del estudio de Ibarra. La finalidad principal de este trabajo es “recopilar la información necesaria para planear y ejecutar un programa de extensión referente al mantenimiento del hogar, que permitiese elevar el nivel de vida de las familias rurales” (De Baca, 1966, p. 1), utilizando los datos obtenidos como una base para la identificación de problemas y la planificación de futuros programas por parte del SNEA. Al igual que en el estudio anterior, otros de los objetivos perseguidos son la capacitación del personal de extensión en el reconocimiento de las condiciones existentes en su área geográfica de trabajo (es decir, en investigación), y la utilización de este trabajo “como un ejemplo de método científico de investigación, relacionado con la vida familiar” (De Baca, 1966, p. 3).

En este caso el foco no está puesto en la vivienda sino en las amas de casa, a través de las cuales se busca conocer las condiciones socio-económicas y la vida familiar rural en el área de Pergamino. Se indaga acerca de las actividades que llevan a cabo, la cantidad de tiempo destinado a cada una de ellas, y la relación entre ese uso del tiempo y ciertos factores como las condiciones socio-económicas de la familia y las características de la casa o “chacra”. El estudio está pensado para representar a las amas de casa, a las que define como “una mujer que hace el principal trabajo y toma la mayoría de las decisiones sobre el quehacer doméstico” (De Baca, 1966, p. 4). La metodología utilizada es la entrevista, que se realiza a 123 mujeres, siendo el único requisito para participar del estudio la residencia permanente en la chacra. No se impone ninguna restricción en cuanto a la tenencia de la tierra (un 35% de las entrevistadas no son propietarias de la chacra que habitan) o el tamaño de las chacras, que oscila entre 1 y 1.200 hectáreas.

Las tareas llevadas a cabo por las amas de casa son clasificadas en ocho rubros: dormir y descansar; preparar la comida para la familia; limpieza diaria y semanal; cuidado de la ropa; atención personal y de la familia; ayuda en las tareas de la chacra; contabilidad y planificación; y recreación. El rubro de preparación de la comida, que incluye actividades como poner la mesa, lavar los platos, trabajo en la huerta, conservación de alimentos y compra de vegetales, es el que más tiempo

consume por varios factores. Entre ellos se encuentran la importancia que se le da a la comida, la falta de ciertos alimentos en el mercado, el uso de pocos elementos que permitan ahorrar tiempo, y la poca participación de los varones de la familia en estas tareas, sobre todo en la preparación de las comidas y el lavado de platos, actividades que desempeñan en menos del 10% de los casos (De Baca, 1966).

Con respecto a las tareas de la chacra, en ningún momento se hace referencia en el informe a que éstas constituyan un tipo de “trabajo”: cuando las realizan las mujeres se las considera una “ayuda”, que consiste principalmente en el cuidado de gallinas y pollos. En este rubro, sólo se nombra al trabajo cuando se hace referencia al arado y sembrado, tareas más ligadas a los varones, y aún así se reemplaza su uso por el de “ayuda” cuando se habla de las mujeres: “Muy pocas amas de casa realizaban *trabajo* de arado y sembrado; 21 amas de casa *ayudaban* en las cosechas de verano y 14 en las de invierno” (De Baca, 1966, p. 32).⁴ De todas formas, queda claro que el trabajo (ya sea denominado como tal o como “ayuda”) es lo que predomina en la vida de las amas de casa: en un día normal ocupan, en promedio, 12,5 horas en trabajar y apenas 0,6 en ocio, y casi dos tercios de las entrevistadas manifiestan un claro deseo de aumentar su tiempo de esparcimiento.

En este caso, una vez finalizado el estudio las recomendaciones se dirigen principalmente a la preparación del personal que lleva adelante el Programa Hogar Rural, ya que se percibe una falta de instrucción en nociones de economía del hogar que limita las posibilidades de apreciar las necesidades reales de las familias rurales. En este sentido, se proponen medidas como el establecimiento de un curso universitario de grado en Ciencias en Economía del Hogar, la expansión de los programas de entrenamiento en economía del hogar existentes, y el desarrollo de un servicio de información que publique trabajos acerca de economía del hogar dirigidos especialmente a extensionistas para que puedan estar al corriente y en coordinación con las necesidades del programa.

El Secretario de Agricultura y Ganadería de la Nación, el ingeniero agrónomo Walter Kugler (ex director del Centro Regional Pampeano entre 1949 y 1963, bajo la órbita del MAN primero y del INTA después) destaca la importancia del estudio y de sus conclusiones en el marco de la Cuarta Convención Nacional de Clubes Hogar Rural de 1965. Allí, Kugler valora las herramientas que brinda este trabajo

[...] para que la acción de los clubes responda en relación al enorme esfuerzo que cuesta promoverlos y mantenerlos para que se multipliquen y cumplan con su finalidad, de coadyuvar en la tarea de crear mayor riqueza y lograr su justa distribución, motivando consecuentemente el interés para mejorar las condiciones de vida en el hogar rural. (INTA, 1965, p. 11)

Otros estudios son presentados en el marco del Primer Seminario Nacional de Investigación en Hogar Rural, organizado en conjunto por el INTA y el IICA en la ciudad de Buenos Aires del 16 al 28 de octubre de 1966, cuyo tema principal es la investigación en economía del hogar. Los objetivos principales del seminario son coordinar los trabajos iniciados en los distintos centros para unificar criterios y fijar los alcances de los estudios e investigaciones que se realizan en el INTA; utilizar de manera práctica la información sobre los estudios e investigaciones que se llevan a cabo; fijar los métodos adaptados al trabajo y que respondan a la política de la institución; considerar y preparar proyectos sobre vivienda y finanzas; y planear el trabajo de investigación para el año siguiente. Según la coordinadora general, Enriqueta P. de Vicién, el Seminario es organizado por la Asesoría Nacional de Clubes que ella dirige pero responde al deseo expresado reiteradamente por las supervisoras,

⁴ El resaltado es nuestro.

asesoras y especialistas que forman parte del Programa Hogar Rural (INTA, 1966). En esta dirección, el foco está puesto en los problemas de vivienda y finanzas debido a que las asesoras manifiestan que son los temas de mayor interés.

Las principales directrices acerca de cómo, por qué, y hacia dónde se debe dirigir la investigación en economía doméstica son expresadas por la directora del seminario, la Dra. Linda Nelson, educadora del hogar y adjunta de economía y ciencias sociales del IICA. La investigación debe estar necesariamente orientada a su implementación práctica, ya que una de las razones principales por las que se lleva a cabo es para poder programar mejor en extensión y así poder resolver problemas y ayudar a la gente. Desde el planteamiento de un estudio determinado los investigadores “debe[n] poder indicar como va[n] a utilizar los resultados de un estudio para guiar la programación o fijar los problemas que requieren mayor estudio, pero la cadena de estudios no debe ser demasiado larga antes de llegar a la acción” (INTA, 1966, p. 29). Según Nelson, es necesario poner más atención en el planeamiento de los trabajos y orientarlos a resolver problemas: en América Latina no se deberían iniciar estudios para los cuales no se puedan señalar frutos prácticos para un programa de acción. En este sentido, antes de iniciar un estudio se debe tener seguridad de que se contará con los recursos financieros, de personal y de conocimientos para llevar a cabo el programa de acción planeado al finalizar la investigación. Pronunciadas apenas cuatro meses después de un golpe de estado –el tercero en once años en Argentina–, las palabras de la asesora internacional pecan de ingenuidad: difícilmente la situación política y económica nacional permita garantizar esas seguridades que Nelson exige.

En cuanto a los temas de investigación, es necesario que los investigadores establezcan contacto estrechos con las asesoras y frecuenten el medio rural para estar al tanto de los problemas de la gente. Sin embargo, también deben poder mirar hacia el futuro y buscar “posibles soluciones a problemas que la gente no reconoce aún” (INTA, 1966, p. 30). Con respecto a la metodología, no hay “un” método que permita resolver todos los problemas: incluso la encuesta, el más utilizado, no proporciona toda la información necesaria aunque esté bien hecha. Nelson se lamenta del (demasiado) rápido avance en el entrenamiento de personal en la aplicación de técnicas sueltas sin que puedan comprender la utilidad y los peligros que acarrear dichas técnicas. Otro problema recurrente, que marca la jerarquización de los conocimientos de los investigadores por sobre los de los extensionistas, es la presentación únicamente de datos crudos por parte de los primeros, ya que la preparación de los segundos no necesariamente incluye entrenamiento en el análisis e interpretación de esos datos, con lo cual el aporte de la investigación no es aprovechado del todo.

Las asistentes al seminario, entre las que se encuentran supervisoras de los diferentes Centros Regionales del INTA, cuatro asesoras de Hogar Rural, y especialistas en numerosas disciplinas (nutrición humana, educación sanitaria, estadística, investigación en economía del hogar, administración del hogar, etc.), son sometidas a un cuestionario para evaluar cuáles consideran que son las razones más importantes para hacer investigación. A cada una de las razones postuladas por el cuestionario, las asistentes deben asignarle uno de los cinco valores siguientes: Indispensable; Muy importante; Importancia regular; Poca importancia; Ninguna importancia. En este sentido, razones como “planear o programar en extensión”, “resolver problemas” y “ayudar a la gente” son señaladas por un alto porcentaje de respuestas como Indispensables o Muy importantes. Por otro lado, razones como “formular teoría”, “aprender algo (personalmente)” y “mostrar creatividad” son consideradas importantes por las asesoras y las especialistas, pero no así por las supervisoras del Programa. En cambio, ganar prestigio y/o dinero no son vistas como razones apropiadas para desarrollar la investigación: un 80% de las asistentes le

asigna poca importancia o ninguna (INTA, 1966). A partir de estas respuestas puede conjeturarse que se espera un cierto nivel de altruismo de parte de las extensionistas, y que por ese motivo ellas opinan que es más importante investigar para resolver problemas y ayudar a la gente que para obtener prestigio y dinero.

En este marco, se presentan estudios realizados por algunas de las asistentes en sus zonas de origen. La nutricionista Neide Cetera del Centro Regional Santafesino, a partir de una investigación desarrollada en cinco distritos del Departamento Castellanos (del área de influencia de la AEA Rafaela) expone acerca de su experiencia en cuanto al trabajo de las asesoras de Hogar Rural como encuestadoras. Si bien un único estudio no permite formular generalizaciones acerca de este tema, puede servir para orientar la discusión en el seminario.

El objetivo general del estudio es conocer el estado de nutrición de la población rural y los factores que lo determinan, para orientar los planes de educación nutricional a ser desarrollados por el SNEA. La metodología utilizada incluye encuestas familiares estructuradas, entrevistas a informantes de la comunidad, aplicación de cuestionarios a escolares y observación estructurada, para conocer índices directos (antropometría y frecuencia de enfermedades de nutrición) e indirectos (consumo de alimentos), considerando que esta situación está determinada por muchos factores: la disponibilidad de alimentos a nivel comunal, la producción familiar de alimentos, el nivel económico, la cultura alimentaria, y aspectos sanitarios, entre otros.

En un primer momento se había solicitado la contratación de siete encuestadoras por el término de un mes, pero esta petición fue declinada por el Centro Regional Santafesino, por lo que se decidió que esos lugares sean ocupados por siete asesoras en Hogar Rural. Los motivos del rechazo de este pedido habrían sido el impacto que tendría en el desarrollo de habilidades en el relevamiento de información y en la creación de actitudes favorables hacia la investigación sistemática, y principalmente el ahorro de dinero que significaría. Las siete asesoras seleccionadas, todas ellas maestras con entre 1 y 6 años de experiencia, reciben material de referencia sobre técnicas de la entrevista y sobre la encuesta, y forman parte de un curso de 18 horas en la EEA Rafaela con el objetivo de “favorecer la capacitación de las encuestadoras para el relevamiento de información, con el objeto de lograr mayor validez de la misma y mayor eficiencia” (INTA, 1966, p. 47).

En este caso, se elige no entrevistar a familias que tengan relación directa con los Clubes para no hacer peligrar la confiabilidad de la información. De todas formas, la recolección de datos llevada a cabo mediante un registro de actividades y un formulario de actitud del encuestado debe enfrentarse a problemas como la barrera del idioma, la enfermedad del ama de casa y el rechazo. Según el informe, estos porcentajes son mayores que los encontrados en estudios similares en la provincia de Buenos Aires, pero se trata de condiciones fundamentalmente distintas, por lo que es difícil establecer comparaciones.

La conclusión general es que el trabajo de las asesoras de Hogar Rural como entrevistadoras es altamente satisfactorio, por lo cual se detallan los factores que contribuyen a alcanzar este resultado, y que por eso deben ser tenidos en cuenta: la interiorización de los objetivos del estudio y la toma de conciencia de su responsabilidad como participantes; la oportunidad de un “adiestramiento lo más completo posible” (INTA, 1966, p. 54); la dedicación de tiempo completo a la investigación; la organización previa de todos los detalles logísticos; la supervisión constante; y el compañerismo y buen clima de trabajo.

Otro estudio es presentado por Inés Berry, asesora del Hogar Rural de la AEA Resistencia. Se trata del “Informe de la investigación social a nivel de Clubes Hogar Rural. Características del ambiente cocina”, basado en una investigación realizada en las viviendas de las socias de los siguientes Clubes de la provincia de Chaco: “Santa

Justina”, de la AEA Las Breñas; “Abejitas”, de la AEA Villa Angela; “Irupé”, de la AEA Resistencia; “Sol de Mayo”, de la AEA Gral. San Martín; “Flor de Lis”, de la AEA Tres Isletas; “Rincón Feliz”, de la AEA Ibarreta; y “Rayito de Sol”, de la AEA Pcia. Roque Sáenz Peña. El objetivo de la investigación es disponer de información objetiva que permita conocer las condiciones de la cocina y la actitud de las socias frente a la misma, para poder establecer algunas líneas de trabajo en lo referente a su mejoramiento. A partir de una guía y mediante la observación, las asesoras buscan registrar algunos datos sobre la vivienda y, más específicamente, la cocina.

Se trata del “centro de la actividad hogareña, y el hecho de haber tomado la cocina como unidad de estudio, se debió a los siguientes motivos, que se conocen a través de la observación” (INTA, 1966, p. 57): es el lugar de la casa donde la higiene y la conservación son más deficientes; es un ambiente que suele estar mal iluminado, donde las áreas de trabajo están mal distribuidas y los techos, paredes y aberturas evidencian la falta de reparación y pintura; en su gran mayoría no cuentan con una instalación adecuada para efectuar la tarea de lavado ni tienen depósitos de agua cercanos; y sobre todo, se constituyen en ambientes antihigiénicos con incidencia en la salud, comodidad y bienestar de las amas de casa, quienes pasan gran parte del día o de sus horas de trabajo en estos espacios.

Mediante un registro de observación, el levantamiento del plano de la vivienda y la cocina, y un cuestionario llenado en el transcurso de las entrevistas con las socias, se relevan los datos de 72 hogares rurales. En la exposición se realiza un análisis de la distribución y el uso de las habitaciones, y se describen los materiales de construcción y el equipamiento de las cocinas. De las entrevistas surge que dos tercios de las socias no están satisfechas con la cocina que tienen, y las que sí lo están, en algunos casos es por conformismo. Una amplia mayoría (88%) manifiesta el deseo de realizar mejoras en el ambiente (construcción, instalaciones, renovación de muebles), y el resto (12%) no lo hace por no disponer del dinero para comprar los materiales necesarios. En cuanto a las expectativas con respecto a la ayuda que podrían recibir del Club del Hogar Rural del que forman parte, el 33% considera que el Club podría facilitarles un préstamo, el 21% espera que contribuya con ideas o sugerencias, el 18% manifiesta no necesitar ayuda del Club y un 5% espera recibir colaboración de sus compañeras para la ejecución del trabajo. De acuerdo con Inés Berry, estas opiniones deben ser consideradas importantes porque indican la actitud de las socias y las expectativas que tienen con respecto a la relación de dependencia con su Club.

A partir de los problemas puestos en evidencia por la investigación, se formulan recomendaciones que puedan ser consideradas en los programas de las AEA en las que se llevó a cabo el estudio. Algunas de las recomendaciones más destacadas son convencer a las socias para que interesen a sus maridos en la refacción de la cocina, facilitar a las familias material informativo con ideas prácticas para proyectar mejoras adecuadas al medio rural y las necesidades de la familia, y realizar los trabajos por etapas para que las primeras mejoras estimulen el interés en otras más importantes. Como los problemas encontrados “configuran una situación bastante similar para todas las agencias, estas recomendaciones si bien de tipo general, se aplican –con ciertas adecuaciones– a todas las zonas” (INTA, 1966, p. 66).

Algunas asistentes al seminario presentan estudios que se encuentran en pleno desarrollo. Es el caso de Elba Rossi, especialista en economía del hogar del Centro Regional Pampeano, quien expone la necesidad de realizar estudios sobre la estructura dinámica del grupo familiar, ya que todo aporte al conocimiento del sistema de relaciones de este grupo contribuye a la realización del bienestar de la familia rural, que es el objetivo final del INTA. De todas las unidades de relación que se encuentran en una familia, “grupo social primario por excelencia”, para este estudio se decide tomar la de padres e hijos, con el objetivo fundamental de “suministrar datos

concretos acerca de las formas de educación de los hijos de la familia rural, para basar los planes de Relaciones Familiares en Hogar Rural” (INTA, 1966, p. 87). Otras metas incluyen conocer los principios y procedimientos educativos de las familias, e indagar acerca de las aspiraciones de los padres con respecto a la instrucción, ocupación y personalidad de sus hijos. Posiblemente detrás de estos objetivos subyace una preocupación por el éxodo rural-urbano, ya que la educación de los hijos es uno de sus factores esenciales.

Resulta curioso que dentro de los objetivos específicos se busca conocer la conducta de las madres en referencia a una serie de actitudes y actividades de los niños (decisiones en cuanto a vestimenta y juegos, asunción de responsabilidades, agresividad, educación social y sexual), pero no así la de los padres. Es cierto que, por razones prácticas ligadas al costo de viáticos y pasajes, se considera que no será posible la participación de los padres varones, por lo que la información únicamente será recabada de las madres. Pero otros objetivos específicos que se relacionan con las aspiraciones y expectativas respecto de los niños, están orientados tanto a los padres como a las madres, con lo cual la omisión de los primeros en algunas de las metas resulta significativa. De todas formas, únicamente se consideran para el estudio aquellas familias que están “completas”, es decir, que tengan padre y madre. Para llevar a cabo el estudio se elige una comunidad de trabajo del radio de acción de distintas AEA de Buenos Aires y Santa Fe (Lincoln, Junín, 9 de Julio, Vedia, 25 de Mayo, Chivilcoy y Rufino) y se entrevista a las madres de los niños de 6 a 10 años de una o más escuelas. Una vez obtenida la información se prevén dos instancias de análisis: primero se realizará un análisis descriptivo en términos estadísticos y se emplean medidas de asociación o correlación para los objetivos correspondientes; después, se hará un análisis comparativo de los datos, de acuerdo a grupos diferenciados por un índice de status socio-económico.

Por su parte, la señorita María Estela Defagot, especialista en investigación en economía del hogar, presenta un estudio acerca de las posibles relaciones existentes entre la evolución de las etapas del ciclo de vida familiar y la toma de decisiones financieras por parte de familias rurales de propietarios. Esta investigación se lleva a cabo en distintos distritos del Departamento Castellanos, que pertenece al área de influencia de la EEA Rafaela. Los objetivos son explorar el proceso de toma de decisiones financieras de las familias rurales en diferentes etapas del ciclo de vida familiar, averiguar el grado de participación de la familia en el proceso de toma de decisiones financieras de la chacra y el hogar, buscar patrones relacionados con las etapas del ciclo de vida familiar, el sexo, y los rubros de la administración del hogar y la chacra en los que se realizan inversiones, ensayar la aplicación de métodos para verificar su confiabilidad, validez y aplicación futura, y desarrollar un estudio que sirva como base para otros posteriores sobre aspectos relacionados. La investigación se encuentra en el proceso de prueba de los instrumentos diseñados, con el fin de verificar su confiabilidad y validez, y de efectuar los ajustes que sean necesarios.

Todas estas exposiciones son presenciadas por el resto de las asistentes al seminario, quienes luego son divididas en cuatro grupos de trabajo en los cuales discuten acerca de las conferencias y los temas planteados. En un plenario, realizado el último día del Seminario, se presentan las conclusiones finales de cada grupo con respecto a los distintos temas tratados. En cuanto al alcance de las investigaciones en Hogar Rural, una de las recomendaciones principales es que los estudios de situación sean, en la medida de lo posible, integrales, abarcando administración rural y economía del hogar. Para esto sería ideal equiparar al Programa Hogar Rural a las ramas agropecuarias de la extensión (un reclamo que se repite a lo largo de los años), integrando equipos de especialistas que respalden la labor de las asesoras, quienes a su vez deben ser entrenadas en técnicas de observación. Otra propuesta es la realización, en primera instancia, de “estudios de situación” o estudios básicos de

corta duración que no sólo permitan fundamentar el trabajo de extensión, sino también la selección de los temas de investigación a largo plazo.

Con respecto a la coordinación en investigación para extensión en Hogar Rural, se recomienda la realización de reuniones de especialistas e investigadoras previas a las de programación, y posteriores, durante la marcha de los planes, para conocer progresos, inconvenientes y problemas. El planeamiento debe hacerse en equipo y deben participar todos los que formen parte del estudio en cualquiera de sus etapas: especialistas, investigadoras y extensionistas. Cada una de ellas debería poder colaborar cuando las circunstancias lo requieran a lo largo del estudio. También sería importante la participación de instituciones u organismos específicos en el planeamiento de estudios, y/o en la realización de los mismos. Por otra parte, los planes de investigación deberían coordinarse entre distintas AEA (de un mismo Centro Regional, o de distintos centros pero cercanas en el espacio) que se encuentren en situaciones similares o tengan características y problemas semejantes, ya que podrían producirse planes de acción comunes.

Asimismo, en las conclusiones se realizan una serie de demandas al SNEA para asegurar el correcto funcionamiento de la investigación para extensión en Hogar Rural. En este sentido, se considera necesario asegurar y concretar los recursos humanos y materiales para la realización de estudios, así como integrar equipos asesores –tanto a nivel nacional como a nivel de Centro Regional y/o EEA– constituidos por especialistas e investigadores, con roles y responsabilidades definidas para facilitar la coordinación entre los distintos niveles. También se solicita un trabajo continuo y sistemático en la capacitación del personal especializado en investigación para extensión en Hogar Rural, que a su vez debe estar actualizado en cuanto a la realidad del país, y que se disponga por lo menos de un estadístico dedicado a investigación para extensión en Hogar Rural.

Es difícil conocer el verdadero impacto de las investigaciones presentadas en el seminario, tanto en la aplicación práctica del programa como en la realización de nuevos estudios más adelante. Lo que sí sabemos es que persiste el interés por el conocimiento de las comunidades rurales para un mejor planeamiento en materia de extensión, como lo demuestra el estudio de la comunidad de Los Médanos realizado entre 1972 y 1973 por Elena Hidalgo de Avila, asesora de Hogar Rural de la AEA Cauçete (San Juan), con el objetivo de obtener información sobre la realidad socio-económica y cultural de las familias de la región para fundamentar y orientar planes de acción. Además de interesarse por la estructura demográfica y ocupacional de la comunidad, el nivel real de ingresos y las características que adquieren las relaciones sociales, uno de los novedosos objetivos específicos de la investigación es conocer cuál es la percepción sobre la situación social de las mujeres (Hidalgo de Avila, 1974).

En esta misma comunidad se realiza una investigación acerca de la introducción de soja en la alimentación infantil, llevada adelante por la misma extensionista (Hidalgo de Avila, 1972). En un esfuerzo por compensar las deficiencias registradas en los regímenes alimentarios de esta comunidad entre fines de los '60 y principios de los '70, se plantea la necesidad de incluir un complemento que aporte proteínas a la dieta habitual y sea de bajo costo. Es por eso que, con el asesoramiento de especialistas del INTA y con fondos aportados por la Inspección Seccional de Escuelas Nacionales y la Municipalidad de Cauçete, se incluye el grano de soja –un alimento rico en proteínas– en las comidas habituales de un grupo de niños y niñas que se alimentan en el comedor escolar. Luego de dos meses, tras comparar la evolución de este grupo con la de otro grupo que se alimenta en sus hogares con su dieta habitual, se llega a la conclusión de que este complemento proteico resulta beneficioso para niños y niñas.

A partir de estas investigaciones podemos ver que más de tres lustros después de iniciado el Programa Hogar Rural se sigue intentando mejorar el trabajo de

extensión, al mismo tiempo que se discuten las características que debería tener de acuerdo con la zona en la que se aplica. En este caso, las conclusiones van más lejos que en años anteriores en lo relativo al bajo nivel de ingreso de las familias, al notar que se encuentran en una situación de subsistencia y se ven obligadas a destinar la mayor parte de sus ingresos a la alimentación. Esta situación –posiblemente producto de un contexto nacional y regional de fragilidad económica e inestabilidad política– no puede ser revertida si la parte del ingreso que corresponde a las familias no sigue el ritmo de incremento que obtienen los precios del producto generado con su trabajo. En este sentido, es necesario corregir cuestiones estructurales a nivel socio-económico:

Urge analizar en profundidad la economía provincial y la estructura ocupacional agrícola, desde el punto de vista obrero y sus agremiaciones, del sector patronal y de los entes estatales competentes. La inercia ante la situación económica que revela el presente informe, contribuye a la despoblación paulatina y definitiva de vastas áreas de nuestro territorio (Hidalgo de Avila, 1974, p. 50).

De todos modos, las iniciativas de extensión basadas en la investigación previa tienen una gran utilidad, siempre y cuando no se conciben como una mera difusión de tecnología o prácticas de economía doméstica, sino que tengan en cuenta e involucren al público al que van dirigidas. Si bien en el informe del estudio llevado a cabo en Los Médanos no se hace referencia al “desarrollo de la comunidad” y sí a la “organización” de la misma (una de las bases filosóficas del pensamiento peronista, fuerza política que arriba al poder en 1973 tras una larga proscripción), lo cierto es que ambas se logran únicamente “cuando el hombre no es un mero instrumento de una acción determinada, sino una persona que conociendo múltiples alternativas se torna capaz de optar y decidir, ejerciendo así mejor su libertad” (Hidalgo de Avila, 1974, p. 1). Por este motivo los Clubes formados en el marco del Programa Hogar Rural deben funcionar como espacios de desarrollo personal y comunitario. Para que puedan hacerlo, es indispensable el conocimiento del público al que están dirigidos.

Reflexiones finales

La búsqueda de una integración eficaz y eficiente entre la investigación y la extensión agropecuarias es una de las marcas de origen más significativas del INTA. Como indica el Decreto-Ley 21.680/56 que crea el Instituto, su objetivo principal consiste en “acelerar con el beneficio de estas funciones fundamentales la tecnificación y el mejoramiento de la empresa agraria y de la vida rural”. En este sentido, el aporte del organismo al progreso del agro argentino no se limita al desarrollo y difusión de nuevas tecnologías, sino que también persigue un aumento en el bienestar de la población rural. La influencia de las corrientes de la modernización y la sociología rural estadounidense que caracterizan a la institución desde su nacimiento motiva la realización de estudios socio-económicos para conocer el estado de las clases rurales. El objetivo es que los resultados de estas investigaciones sean luego utilizados por el SNEA para mejorar sus estrategias y así poder orientar correctamente las acciones tendientes a la elevación del bienestar en el campo.

En este artículo buscamos indagar en la relación entre investigación y extensión en el INTA, poniendo el foco en una serie de estudios realizados en distintos puntos del país en el marco del Programa Hogar Rural, la iniciativa de extensión de este organismo orientada hacia las mujeres rurales. El objetivo del análisis de estos estudios, pensados como insumos para la práctica de extensión, es examinar la relación entre las dos grandes áreas de trabajo del INTA, inspeccionar las formas en

las que el Instituto busca acercarse a la población rural, y conocer aspectos importantes del planeamiento de esta política.

La diversidad de las investigaciones llevadas a cabo da cuenta de los múltiples ámbitos de la vida cotidiana que pretende abarcar el Programa, es decir, que se consideran responsabilidad de las mujeres a las que está dirigido: desde la alimentación en todas sus etapas, hasta las relaciones familiares y el estado de las viviendas, pasando por la producción para autoconsumo o comercialización. Sin embargo, las observaciones de las técnicas extensionistas –que en muchos casos participan de las investigaciones– suelen dirigirse en una misma dirección, como surge de las discusiones del Primer Seminario Nacional de Investigación en Hogar Rural de 1966. En esta reunión de trabajo surgen reclamos, luego repetidos en años posteriores, que dan cuenta de las dificultades para combinar efectivamente las tareas de investigación y extensión.

Las principales demandas de las técnicas consisten en concretar los recursos humanos y materiales necesarios para garantizar la realización de los estudios, integrar equipos asesores de especialistas e investigadores que coordinen acciones entre el nivel nacional y regional o de EEA, y sobre todo, trabajar continua y sistemáticamente en la capacitación del personal especializado en investigación para extensión en Hogar Rural, asegurando su actualización en cuanto a la realidad del país. Además, se sostiene la necesidad de equiparar al Programa a las otras ramas de extensión del INTA –la asistencia técnica orientada a los productores varones, y el trabajo con jóvenes en los Clubes 4-A– para poder integrar equipos de especialistas que respalden la labor de las asesoras.

Estos reclamos son retomados y amplificados en el Seminario de Extensión en Hogar Rural celebrado en noviembre de 1971, en el que las técnicas protestan por la falta de información proveniente de investigaciones que avalen su trabajo, la inexistencia de un adecuado servicio de evaluación de las iniciativas del SNEA, y la falta de capacitación adecuada y de apoyo de especialistas (INTA, 1972). También se reitera la obligación de integrar de manera más eficiente las tres ramas de extensión del INTA, llegando incluso a denunciar la subordinación del Programa Hogar Rural con respecto a la extensión orientada a los productores varones.

En este sentido, debemos matizar el éxito del Instituto en general y de esta iniciativa en particular para lograr una mejor articulación de las tareas de investigación y extensión. Aun años más tarde Gustavo Cosse (1991) afirma que este es un punto de difícil resolución, no sólo en el INTA sino en toda América Latina, y que difícilmente se llega a un funcionamiento cercano al óptimo debido a una serie de dificultades, como la posición que ocupan investigadores y extensionistas en el sistema de generación y transferencia de conocimientos, y los diferentes tiempos y ritmos de trabajo de ambas tareas.

En cuanto a los reclamos expresados por las asesoras de Hogar Rural, no contamos con indicios de que estos pedidos hayan sido escuchados, al menos en el corto plazo. En el mediano plazo definitivamente el efecto es nulo. Las sucesivas intervenciones del INTA a mediados de los '70 –la primera en democracia, dispuesta por María Estela Martínez de Perón en mayo de 1975, y la segunda tras el golpe militar del 24 de marzo de 1976– tienen un fuerte impacto en este organismo, incluida el área de extensión.⁵ A partir de este momento el trabajo de extensión deja de estar ligado a las problemáticas de la comunidad y a la producción familiar, para enfocarse en la transferencia de tecnología a un nuevo público: los técnicos del sector privado. En este contexto, las actividades del Programa Hogar Rural impulsadas desde el INTA se ven interrumpidas en 1974. La actividad de los Clubes se reactiva unos años más

⁵ Para más información acerca de la intervención militar del INTA durante la última dictadura, se puede visitar el sitio <http://laintervencion.inta.gob.ar/>, dirigido por la historiadora Cecilia Gárgano.

tarde (INTA, 1981), pero la influencia del organismo en el Programa disminuye gradualmente hasta su finalización a principios de la década del '90.

Referencias bibliográficas

- Albornoz, M. (2015). Cambio tecnológico y cultura institucional: El caso del INTA. *Revista CTS*, 10(29), pp. 41-64.
- Aleman, C. (2003). Apuntes para la construcción de los períodos históricos de la Extensión Rural del INTA. En R. Thornton y G. Cimadevilla (Eds.), *La Extensión Rural en debate. Concepciones, retrospectivas, cambios y estrategias para el Mercosur* (pp. 137-171). Buenos Aires, Argentina: INTA.
- Altamirano, C. (1998). Desarrollo y desarrollistas. *Prismas*, 2(1), pp. 75-94.
- Anuch, M. (1981). Breve reseña histórica de la extensión rural en Argentina con énfasis en el área social. Buenos Aires, Argentina: INTA.
- Barrientos, M. (2008). La Extensión Agropecuaria en la República Argentina durante el siglo XX. *Revista FAVE - Ciencias Agrarias*, 7(1-2), pp. 137-151.
- Berry, I. P., Di Bucci, M. J., Jácono, A., P. de Rigoni, N., Rossi, E., y Valdemoros, M. I. (1964). *Curso Nacional de Investigación Social en Economía del Hogar en Extensión Agrícola. Características de la vivienda rural en Ibarra. Estudio descriptivo*. Bolívar, Argentina: INTA.
- Cosse, G. (1991). El aparato de extensión del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). En O. Barsky (Ed.), *El desarrollo agropecuario pampeano* (pp. 719-743). Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano.
- de Arce, A., y Poggi, M. (2016). Prensa y género en La Tierra. Una vida "federada". En C. A. García da Rosa y F. Ferreira Lisboa Filho (Eds.), *Política, medio e identidad en regiones fronterizas* (pp. 86-103). Posadas, Argentina: Editorial Universitaria UNaM.
- de Arce, A., y Salomón, A. (2018). Promover el bienestar rural. Los extensionistas del INTA en el terreno (1956-1980). *Travesía*, 20(2), pp. 179-201.
- De Baca, M. A. (1966). *Análisis de la situación actual del estado de las familias residentes en el partido de Pergamino*. Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina: INTA.
- Djenderedjian, J. (2014). Aproximación a las políticas gubernamentales de desarrollo tecnológico, investigación y extensión rural en la Argentina de finales del siglo XIX e inicios del XX. *Revista de Historia Americana y Argentina*, 49(2), pp. 77-110.
- Gárgano, C. (2017). *Ciencia, tecnología y dictadura. Producción de conocimiento e intervención militar en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (1973-1983)*. Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Gutiérrez, T. V. (2007a). "Actuar sobre la mujer de campo, empleando a la mujer misma como educadora". Una visión histórica del discurso ruralista, Argentina, 1920-1945. En N. M. Girbal-Blacha y S. R. de Mendonça (Eds.), *Cuestiones agrarias en Argentina y Brasil. Conflictos sociales, educación y medio ambiente* (pp. 183-202). Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Gutiérrez, T. V. (2007b). *Educación, agro y sociedad*. Bernal, Argentina: UNQ.
- Gutiérrez, T. V. (2014). Estado, agro y hogar. Políticas públicas hacia las mujeres rurales, Buenos Aires (Argentina), 1958-1991. *Secuencia*, (88), pp. 219-248.
- Hidalgo de Avila, E. A. (1972). *Experiencia sobre la introducción de soja en la alimentación infantil en una zona rural de San Juan*. Buenos Aires, Argentina: INTA.
- Hidalgo de Avila, E. A. (1974). *Los Médanos. Estudio de una comunidad*. Buenos Aires, Argentina: INTA.
- INTA (1960). *Seminario de Economía Doméstica en Extensión Agrícola*. Buenos Aires, Argentina.
- INTA (1965). *4ta Convención Nacional de Clubes Hogar Rural (N° 115)*. Buenos Aires, Argentina.
- INTA (1966). *1° Seminario Nacional de Investigación en Hogar Rural*. Buenos Aires, Argentina.
- INTA (1972). *Seminario de Extensión en Hogar Rural*. Buenos Aires, Argentina.
- INTA (1981). *AAHR (Asociación Argentina Hogar Rural)*. Buenos Aires, Argentina.
- Ivickas Magallán, M. (2017). El Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (1956-1966). *Realidad Económica*, (310), pp. 87-114.
- Lázzaro, S. B. (2012). El desarrollismo y el problema agrario durante las décadas de 1950 y 1960. *Secuencia*, (84), pp. 127-160.
- León, C., y Losada, F. (2002). Ciencia y Tecnología agropecuarias antes de la creación del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, (16), pp. 35-90.
- Losada, F. (2003). La institucionalización de la Extensión Rural con la creación del INTA (1957). *Documentos del CIEA*, (1), pp. 27-35.
- Martocci, F. (2010). El azar y la técnica en las pampas del sur. Agricultores, expertos y producción agrícola (1908-1940). En A. Lluch y M. Moroni (Comps.), *Tierra adentro... Instituciones económicas y sociales en los Territorios Nacionales (1884-1951)* (pp. 89-117). Rosario, Argentina: Prohistoria-EdUNLPam.
- Moyano, D. (2014). "El azúcar se forma en el campo". El papel de las agencias estatales en la modernización de la agricultura cañera tucumana (1880-1910). *Mundo Agrario*, 15(29).

- Moyano, D., Campi, D., y Lenis, M. (2011). La formación de un complejo científico-experimental en el norte argentino. La estación experimental agrícola de Tucumán (1909-1922). *Prohistoria*, (16), pp. 1-18.
- Moyano, D., Rodríguez Vázquez, F., y Djenderedjian, J. (2013). Dossier Estado, agrónomos y ciencia aplicada al campo. Miradas sobre las iniciativas públicas y privadas en el desarrollo agroindustrial en América Latina (fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX). *Historiapolitica.com*. Recuperado de <http://historiapolitica.com/dossiers/agroargentina/>
- Otero, J., y Selis, D. (2016). La Revista "Extensión en las Américas". Influencia de los E.E.U.U. en los servicios de extensión rural latinoamericanos. *Extensão Rural*, 23(1), pp. 42-57. doi: 10.5902/2318179617359
- Piangiarelli de Vicién, E. (1972). Programa de Extensión en Hogar Rural. Filosofía, desarrollo, logros. Buenos Aires, Argentina: INTA.
- Reichart, N. (1962). Objetivos del INTA en relación con el mejoramiento de la comunidad rural. Buenos Aires, Argentina: INTA.
- Reichart, N. (1971). Filosofía de Extensión rural. Buenos Aires, Argentina: INTA.
- Rodríguez Vázquez, F. (2007). La Escuela Nacional de Vitivinicultura y su aporte a la modernización vitivinícola en Mendoza (1896-1914). *Travesía*, (9), pp. 87-107.
- Rodríguez Vázquez, F. (2014). ¿Técnicos prácticos o agricultores legos?: las aristas de la enseñanza agrícola en Mendoza (1873-1930). *Revista RIVAR*, 1(3), pp. 30-52.
- Vessuri, H. M. C. (1994). La ciencia académica en América Latina en el siglo XX. *Redes: Revista de estudios sociales de la ciencia*, 1(2), pp. 41-76.